

Colección Ariel

N.º 21

PRECIOS :

El número suelto 10 cénts.
La serie de cinco números... 50 »
La serie de diez números... 1 colón
El abono se hace adelantado

PUBLICACIÓN ECONÓMICA

DE ESCOGIDA LITERATURA
INTERNACIONAL, ANTIGUA Y MODERNA
en folletos de 32 páginas
CASILLA 533

Al servicio de las ideas y de los ideales

CONTENIDO

	<u>Pág.</u>
GUSTAVO A. BECQUER.— <i>Los ojos verdes</i>	1 ✓
C. A. LAISANT.— <i>Diversos rompe cabezas; batu- rrillo matemático</i>	10 ✓
SAMUEL A. LILLO.— <i>El triunfo de la selva</i>	13 ✓
ROBERTO BRENES MESEN.— <i>Critica y Bi- bliografía</i>	17 ✓
DR. BINET-SANGLE.— <i>A propósito de la respon- sabilidad penal</i>	25 ✓
HERBERT SPENCER.— <i>Contra una gran pre- tensión</i>	26 ✓
LA BRUYERE.— <i>La guerra</i>	27 ✓
JOHN STUART MILL.— <i>Confianza en la propia razón</i>	27 ✓
ARTURO SCHOPENHAUER.— <i>Ciencia viva y Sabiduría muerta</i>	28 ✓

Junio de 1908

**San José, Costa Rica
IMPRENTA DE AVELINO ALSINA
1908**

ro por San Saturio, patrón de Soria! (1) cortadle el paso por esas carrascas, (2) azuzad los perros, soplad en esas trompas hasta echar los hígados, y hundidle á los corceles una cuarta de hierro en los ijares: no véis que se dirige hacia la fuente de los Alamos, y si la salva antes de morir podemos darle por perdido?

Las cuencas del Moncayo (3) repitieron de eco en eco el bramido de las trompas, el latir de la jauría desencadenada, y las voces de los pajes resonaron con nueva furia, y el confuso tropel de hombres, caballos y perros se dirigió al punto que Iñigo, el montero mayor de los marqueses de Almenar, señalara como el más á propósito para cortarle el paso á la res.

Pero todo fué inútil. Cuando el más ágil de los lebreles llegó á las carrascas jadeante y cubiertas las fauces de espuma, ya el ciervo, rápido como una saeta, las había salvado de un solo brinco, perdiéndose entre los matorrales de una trocha (4) que conducía á la fuente.

—Alto!... Alto todo el mundo! gritó Iñigo entonces; estaba de Dios que había de marcharse.

Y la cabalgata se detuvo, y enmudecieron las trompas, y los lebreles dejaron refunfuñando la pista á la voz de los cazadores.

En aquel momento se reunía á la comitiva el héroe de la fiesta, Fernando de Argensola, el primogénito de Almenar.

—Qué haces? exclamó dirigiéndose á su montero, y en tanto, ya se pintaba el asombro en sus facciones, ya ardía la cólera en sus ojos. Qué haces, imbécil? Ves que la pieza está herida, que es la primera que cae por mi mano, y abandonas el rastro y la dejas perder para que vaya á morir en el fondo del bosque! Crees acaso que he venido á matar ciervos para festines de lobos?

(1) Provincia española en Castilla la Vieja.

(2) Encinas.

(3) Montaña de Zaragoza que limita con Soria.

(4) Camino angosto.

—Señor, murmuró Iñigo entre dientes, es imposible pasar de este punto.

—Imposible! y por qué?

—Porque esa trocha, prosiguió el montero, conduce á la fuente de los Alamos; la fuente de los Alamos, en cuyas aguas habita un espíritu del mal. El que osa enturbiar su corriente, paga caro su atrevimiento. Ya la res habrá salvado sus márgenes; cómo la salvaréis vos sin atraer sobre vuestra cabeza alguna calamidad horrible? Los cazadores somos reyes del Moncayo, pero reyes que pagan un tributo. Pieza que se refugia en esa fuente misteriosa, pieza perdida.

—Pieza perdida! Primero perderé yo el señorío de mis padres, y primero perderé el ánimo en manos de Satanás, que permitir que se me escape ese ciervo, el único que ha herido mi venablo, la primicia de mis escursiones de cazador... Lo ves?... lo ves?... Aún se distingue á intervalos desde aquí... las piernas le faltan, su carrera se acorta; déjame... déjame... suelta esa brida, ó te revuelco en el polvo... Quién sabe si no le daré lugar para que llegue á la fuente? y si llegase, al diablo ella, su limpidez y sus habitadores. Sus! *Relámpago!* sus, caballo mío! si lo alcanzas, mando engarzar los diamantes de mi joyel en tu serreta (1) de oro.

Caballo y jinete partieron como un huracán.

Iñigo los siguió con la vista hasta que se perdieron en la maleza; después volvió los ojos en derredor suyo; todos, como él, permanecían inmóviles y consternados.

El montero exclamó al fin:

—Señores, vosotros lo habéis visto; me he puesto á morir entre los pies de su caballo por detenerle. Yo he cumplido con mi deber. Con el diablo no sirven valentías, Hasta aquí llega el montero con su ballesta; (2) de aquí adelante, que pruebe á pasar el capellán con su hisopo.

(1) Media caña semicircular y con dientecillos que se pone sobre la nariz de los caballos.

(2) Arma para disparar venablos ó dardes.

II

—Tenéis la color quebrada; andáis mustio y sombrío; qué os sucede? Desde el día, que yo siempre tendré por funesto, en que llegásteis á la fuente de los Alamos en pos de la res herida, diríase que una mala bruja os ha encanijado con sus hechizos.

Ya no váis á los montes precedido de la ruidosa jauría, ni el clamor de vuestras trompas despierta sus ecos. Sólo con esas cavilaciones que os persiguen, todas las mañanas tomáis la balleta para enderezaros á la espesura y permanecer en ella hasta que el sol se esconde. Y cuando la noche oscurece y volvéis pálido y fatigado al castillo, en balde busco en la bandolera los despojos de la caza. Qué os ocupa tan largas horas lejos de los que más os quieren?

Mientras Iñigo hablaba, Fernando, absorto en sus ideas, sacaba maquinalmente astillas de su escaño de ébano con el cuchillo de monte.

Después de un largo silencio, que sólo interrumpía el chirrido de la hoja al resbalarse sobre la pulimentada madera, el joven exclamó dirigiéndose á su servidor, como si no hubiera escuchado una sola de sus palabras:

—Iñigo, tú que eres viejo; tú que conoces todas las guaridas del Moñcayo, que has vivido en sus faldas persiguiendo á las fieras, y en tus errantes escursiones de cazador subiste más de una vez á su cumbre, díme: has encontrado por acaso una mujer que vive entre sus rocas?

—Una mujer! exclamó el montero con asombro y mirándole de hito en hito.

—Sí, dijo el joven; es una cosa estraña lo que me sucede, muy estraña... Creí poder guardar ese secreto eternamente, pero no es ya posible; rebosa en mi corazón y asoma á mi semblante. Voy, pues, á revelártelo... Tú me ayudarás á desvanecer el misterio que envuelve á esa criatura, que al parecer sólo para mí existe, pues nadie la co-

